

La soberanía del industrial. Industrias del complejo pienso-ganadero e implantación del modelo de consumo fordista en España: 1960-1975

● ERNESTO CLAR MOLINER
Universidad de Zaragoza

Introducción: un esbozo del modelo fordista agroalimentario

El modelo agroalimentario surgido en Estados Unidos durante la década de 1930, y que se extendiera al resto de las agriculturas occidentales tras la Segunda Guerra Mundial, ha recibido el sobrenombre de fordista¹, trasponiendo así al campo de la alimentación lo sucedido en la industria de bienes de consumo duradero. Como en ellos, las ganancias en productividad derivadas de un proceso industrial que aplicaba los avances técnicos en genética y nutrición animal, se combinaron con la mejora en la capacidad adquisitiva de los consumidores para convertir a determinados artículos en productos de consumo masivo.

Para Berlan, la conformación del modelo fordista norteamericano anticipa lo sucedido en la agricultura europea de la segunda posguerra mundial: una intensa capitalización del cereal libera tierra y genera excedentes de grano, solventando la limitante disyuntiva entre tener que restar producción de pan para alimentar a los animales². El principal agente transformador de cereal en carne fue el maíz híbrido, resultado de investigaciones en campus tecnológicos con financiación pública, y de los cuales surgió, asimismo, el otro puntal básico del proceso, la soja. De hecho, la temprana vinculación del haba de soja con la producción intensiva de pollos híbridos, desarrolló los primeros mecanismos de integración vertical entre industrias del pienso y agricultores ya en 1928.

El desarrollo previo del cereal pienso y la soja abarató el coste de la proteína

1. Cr. Goodman y Redclift, 1991; Friedman, 1991; y Kloppenburg, 1988.
2. Berlan (1991) Goodman y Redclift (1991); Friedman (1991); y Kloppenburg (1988).

Fecha de recepción: Febrero de 2006
Versión definitiva: Septiembre de 2006

Revista de Historia Industrial
N.º 36. Año XVII. 2008. 1.

animal, disparando los consumos cárnicos en el mercado norteamericano. Sin embargo, la propia dinámica de estos sectores generó pronto cuantiosos excedentes, y con ellos, la necesidad de volver la vista hacia el exterior. Así, los lobbys estadounidenses del cereal y la soja aprovecharon la recuperación posbélica de Europa occidental y Japón para introducir sus excedentes en forma de programas de ayuda gubernamental. El “agribusiness transnacional” generaba divisas para los EEUU, mientras satisfacía la contención de los salarios industriales en Occidente, al proporcionar alimentos baratos a su creciente población urbana³. Quedaba implantado, por tanto, el modelo de consumo alimentario fordista, en el que la creciente ingesta de proteínas animales se relacionaba directamente con estructuras ganaderas intensivas dependientes de la importación de insumos, e integradas con ganaderos nacionales. Por lo demás, la instalación de este modelo tuvo un impacto apreciable en la dieta de los países afectados, no cesando al menos hasta la crisis de los años setenta⁴.

Este trabajo analiza la implantación del modelo fordista en España desde las siguientes perspectivas: consecuencias para la dieta, desarrollo de las industrias alimentarias relacionadas, influencia de la internacionalización del complejo pienso-ganadero, y papel de la variable institucional en todo el proceso.

La variación en la dieta española entre 1961 y 1975. Peculiaridades comparadas

La década de 1960 supuso cambios muy apreciables en la alimentación de los españoles, consecuencia de no menor importantes transformaciones económicas y sociales. Aunque parte de esas variaciones quedaron esbozadas ya antes de la Guerra Civil, el freno radical que introdujo dicho conflicto y su larga posguerra, convierten a la etapa desarrollista en el momento de mayor convergencia con los patrones alimentarios desarrollados. La diversificación de la dieta española siguió los dos pilares básicos del estándar europeo⁵: menor proporción de calorías aportadas por pan y patatas, y mayor participación de las proteínas animales, a medida que mejorara la capacidad adquisitiva de los consumidores.

A mediados de los años cincuenta, la alimentación española seguía siendo esencialmente mediterránea: gran presencia de cereales, frutas y hortalizas, y reducida de los productos ganaderos. Todavía por debajo de los niveles de consumo por habitante de preguerra, resultaba una dieta “atrasada”, si bien comenzaba a seguir ya tendencias propias de países más desarrollados. El con-

3. Barkin (1981), p. 26.

4. Goodman y Redclift (1991); y Friedman (1991).

5. Lamartine Yates (1960), p. 40.

sumo medio de carne continuaba por debajo del de preguerra aún en 1957-58, siendo más pobre, incluso, que el de países con menor grado de desarrollo. En similares niveles se encontraba la leche, forzando a una planificación administrativa del sector que incluía acuerdos con UNICEF para mejorar su consumo⁶.

Pero no todos los productos ganaderos presentaban tal debilidad, pues la carne de cerdo y, sobre todo, los huevos, gozaban ya de cierto éxito. En ello tuvo mucho que ver la difusión temprana de sistemas industriales con base genética y alimenticia importada. Por ejemplo, la llegada de gallinas ponedoras selectas⁷ después de 1955 disparó la producción de huevos con notables ritmos de incremento anual⁸, y con ella su consumo que, en apenas quince años superó a países del entorno español, tradicionalmente mucho más consumidores (Cuadro 1). Considerando que este incremento no se extendió a otros productos ganaderos, con un desarrollo industrial a gran escala posterior, cabe pensar que la expansión de los huevos no se debió exclusivamente al progreso en la renta⁹.

CUADRO 1

CONSUMO DE HUEVOS EN ESPAÑA

	Kilos de huevos consumidos / habitante / año			
	1935	1951-1952	1961-1962	1971-1972
España	4,9	4,7	10	13,5
España / Francia (%)	54,5	42,1	78,3	115,3
España / Italia (%)	67,1	68,1	91,2	132,4

Fuente: 1935, Lamartine Yeats (1960), cuadro 2.4 y después FAO.

Los profundos cambios económicos que siguieron al Plan de Estabilización de 1959, incluyeron un aumento sostenido e intenso del consumo privado de los españoles, así como una reestructuración profunda del gasto alimentario. Siguiendo la ley de Engel, las mejoras sucesivas en los ingresos y niveles de urbanización, se relacionaron con una preferencia creciente por alimentos afectados en buena medida por el cambio técnico, más nutritivos y con una elasticidad

6. García García (1957), p. 8; García Barbancho (1960), pp. 91-93; Lamartine Yates (1960), p. 38; Domínguez (2001), pp. 54-55.

7. Concretamente la llegada del ave híbrida Hy-Line procedente de los Estados Unidos (Soria y Rodríguez (1983), p. 128.

8. Domínguez (2001), p. 57.

9. Los huevos gozaban de una demanda "hipersensible a las variaciones de los precios" (Domínguez, 2001, p. 59), razón por la cual, una fuerte rebaja en los costes de producción y, por ende, en los precios al consumo resultaba un elemento más crucial que en otros productos para expandir su demanda.

dad renta superior¹⁰ (alimentos “superiores”). La dieta española se sumó a la convergencia europea con el modelo norteamericano, de fuerte consumo calórico (superior a las 3000 por habitante y día) y gran peso de las proteínas animales¹¹. Los progresos en renta per cápita, como en el resto de Europa occidental, se reflejaron en una diversificación alimenticia protagonizada por productos “superiores” (aves de corral, frutas, leche, azúcar...).¹² La veloz transformación alimenticia no pudo completarse, empero, hasta los años setenta, cuando en gran parte de Europa occidental la transición nutricional había tenido lugar en el decenio anterior¹³.

En realidad, son diversos los aspectos que sitúan a la dieta española en una fase transitoria todavía en los años sesenta. Basta observar el número de calorías consumidas entre 1960 y 1970, tanto las suministradas por el balance alimentario de la FAO, como el de alguna estimación española de la época¹⁴, para apreciar un estancamiento en España, sólo observable en países más desarrollados (Francia), con niveles ampliamente superiores ya a las 3000 calorías diarias por habitante y día (Cuadro 2). Si situamos el techo de la ingestión calórica por encima de esa misma cifra, extremo que confirma la propia evolución española desde mediados de los años sesenta, se entiende que el freno español no procedió de una saturación en el consumo de alimentos, como sí ocurrió en naciones más desarrolladas.

CUADRO 2

NÚMERO DE CALORÍAS CONSUMIDAS POR HABITANTE AL DÍA

	Calorías / habitante / día			
	1961-1962	1964-1965	1968-1969	1971-1972
Portugal	2.518	2.662	3.002	3.021
Italia	2.946	3.062	3.276	3.431
Francia	3.227	3.235	3.279	3.268
España	2.680	2.672	2.681	2.788

Fuente: FAO, Faostat, Balance Alimentario.

El estancamiento calórico español se explica por un descenso pronunciado de las calorías vegetales, que no compensó suficientemente el intenso impulso de las de origen animal. A su vez, tal descenso tuvo tras de sí al trigo (y, por ende, al pan), cuya caída arrastró consigo al conjunto de los consumos vegetales (Cuadro 3). También aquí, la dinámica española se asemeja más al caso

10. Juan i Fenollar (1978), p. 168.

11. Peinado (1985), p. 38.

12. Lamartine Yates (1960), p. 24.

13. Grigg (1995), pp. 256-257.

14. Ardura (1973), p. 104.

CUADRO 3
DISTRIBUCIÓN DE LAS CALORÍAS CONSUMIDAS

	1961-1962	1964-1965	1968-1969	1971-1972
Calorías vegetales				
Portugal	2.518	2.290	2.582	2.548
Italia	2.481	2.543	2.697	2.764
Francia	2.205	2.177	2.130	2.082
España	2.321	2.259	2.176	2.214
Calorías trigo				
Portugal	540	584	641	613
Italia	1.167	1.174	1.280	1.227
Francia	915	838	794	687
España	1.002	845	785	720
Calorías animales				
Portugal	344	372	420	474
Italia	465	519	578	668
Francia	1.022	1.057	1.150	1.186
España	358	413	505	574

Fuente: FAO, Faostat, Balance Alimentario.

francés que al de Italia o Portugal, donde los consumos vegetales se sostuvieron y el trigo expandió incluso su aportación calórica durante los años sesenta (Cuadro 3).

Otra particularidad relevante en la evolución nutricional española se halla en las proteínas. El descenso continuado de las proteínas vegetales hasta mediados de los años setenta (no observado en Italia ni Portugal), contrastó con un fuerte aumento de las proteínas animales¹⁵ después, invirtiendo la proporción existente entre ambas (Cuadro 4). Llama la atención que uno de los principales rasgos del atraso relativo en la alimentación española, la débil participación de las proteínas animales, experimentase una modificación tan sustancial en apenas quince años. Conectando esta variación con el estancamiento calórico en la década de 1960, se concluye que España no siguió el patrón desarrollado de cambio nutricional, donde un mayor porcentaje de proteínas animales se vincularía siempre a una aportación calórica superior¹⁶.

España vivió, por tanto, un auge rápido e intenso de los consumos ganaderos, acompañado por un notable descenso en la ingesta de alimentos más tradiciona-

15. De nuevo, los datos nacionales confirman la dinámica española reflejada en el Balance Alimentario de la FAO: el número de proteínas animales creció un 63,7% entre 1961 y 1970, pasando de suponer el 29,9 al 44,6% del total de proteínas (Ardura, 1973, p. 104).

16. García Barbancho (1960), p. 101.

CUADRO 4

NÚMERO DE PROTEÍNAS CONSUMIDAS (GRAMOS POR HABITANTE Y DÍA) Y PORCENTAJE DE PROTEÍNAS ANIMALES SOBRE EL CONJUNTO DE PROTEÍNAS TOTALES

	1961-1962	1964-1965	1968-1969	1971-1972
Proteínas / habitante día				
Italia	81,7	86,8	93	97,6
Portugal	71,4	74,7	81,3	84,5
España	79,7	78,1	82,2	85,3
% proteínas animales				
Portugal	38,2	39,6	39,4	43,4
Italia	35,7	38,5	41,2	44,5
España	33,3	39,4	45,3	49

Fuente: elaboración propia sobre FAO, Faostat, Balance Alimentario.

les, primando, así, el cambio en la distribución proteínica, mientras la mejora en calorías se retrasaba hasta mediados de los años sesenta.

Entre los productos animales, destacó la expansión de la leche, primer responsable del incremento total en las cantidades consumidas entre 1961 y 1972 (28,7%). No teniendo España una tradición consumidora (salvo en las zonas especializadas), la magnitud del impulso fue tal, que los lácteos llegarían a ser el primer grupo alimentario ya a principios de los años ochenta¹⁷

En las carnes, las aves de corral engrosaron casi la mitad del incremento cárnico total entre esas dos mismas fechas, seguidas a cierta distancia por el porcino con menor crecimiento, aunque con un nivel inicial superior por tratarse de un alimento más habitual. Fueron pues, las producciones más tempranamente industrializadas las que coparon las mayores cuotas de consumo. En los años sesenta el pollo fue el producto estrella, con una súbita expansión que le aupó a la cabeza de las carnes consumidas en España en sólo diez años, sobrepasando con creces las cantidades de países con una ventaja considerable todavía en 1961 (Gráfico 1). Dada su relevancia en el auge proteínico (29,9 %) constituyó, junto a la leche (23,3 %), el principal agente de la aproximación dietética española al modelo norteamericano, fuertemente dotado de proteínas animales, así como al “modelo tendencial occidental”, caracterizado por Malassis por su elevado componente energético y proteínico¹⁸.

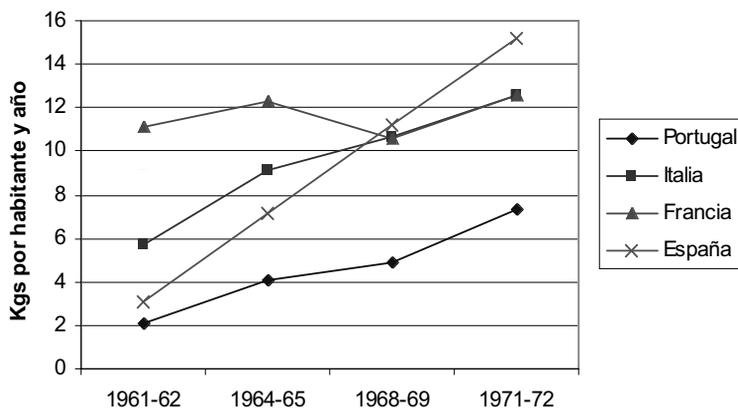
En términos de gasto, España siguió la tendencia general desarrollada. En el contexto regresivo de la participación alimentaria en el gasto total, la dedicación

17. Moreno, Sarriá y Popkin (2002), p. 994.

18. Peinado (1985), p. 38.

a los alimentos ganaderos creció, mientras se reducía considerablemente la de los productos más básicos¹⁹. La diferencia primordial en España fue una reducción del consumo de cereal no sólo en términos relativos, sino también absolutos, ocasionando el estancamiento calórico ya mencionado (Cuadro 5).

GRÁFICO 1
DINÁMICA DEL CONSUMO DE AVES DE CORRAL



Fuente: elaboración propia sobre FAO, Faostat.

La dinámica del consumo vegetal explica, por tanto, el retraso de la dieta española en superar la barrera de las 3000 calorías diarias por habitante. La mitad del aumento en kilos consumidos, y las dos terceras partes de la expansión en calorías entre 1961 y 1975, tuvieron detrás al nuevo auge en los consumos vegetales, mientras los mayores aumentos de los productos animales se registraron ya en los años sesenta (Cuadro 5). Dicho impulso recobrado devuelve protagonismo al trigo, que, al detener su caída en el primer lustro de 1970, permitió trasladar el efecto positivo de otros vegetales al resultado final. La recuperación del consumo triguero se explica por la irrupción de transformados distintos al pan (galletas, bollería...).

Del resto de vegetales, destaca el aceite de girasol, cuya espectacular aparición supuso por sí solo un tercio del aumento en las calorías vegetales entre 1961 y 1975, además del 34,7 % en el aumento total de grasas. Como el pollo, pasó en muy poco tiempo de no existir en la dieta española a ser el segundo aceite en importancia, tras el de oliva. Mucho tuvo que ver su pertenencia al complejo agroindustrial pienso-ganadero que incluía a los grandes protagonistas del cambio alimentario español desde 1960: leche, carne de pollo y de cerdo (Cuadro 5).

19. Pan, pastas y cereales, que suponían el 18,5 % del gasto alimentario en la Encuesta de Presupuestos Familiares de 1958, descendieron al 13,5 en la de 1968.

La repercusión de estos productos en la evolución alimenticia española llega inclusive a nuestros días. Tal y como señalan Moreno, Sarriá y Popkin, la transición nutricional española iniciada en 1960 emprendió dos tendencias que han acabado distanciando la dieta española del patrón mediterráneo, mientras la han acercado a modelos más septentrionales: a) consumo muy elevado de lácteos y frutas; b) superior aportación energética, consecuencia de un alto consumo de grasas²⁰. La propia crisis económica de los años sesenta acabó ahondando la hegemonía de los productos tempranamente industrializados, dado que presentaban precios más asequibles para el consumidor²¹

CUADRO 5

AUMENTO DEL CONSUMO DE ALIMENTOS EN ESPAÑA: 1960-1975

	I. 1961-1962 a 1974-1975				II. 1961-1962 a 1971 a 1972			
	Kilos	Calorías	Proteína	Grasas	Kilogr.	Caloría	Proteína	Grasa
1. Total	186,3	328	13,1	32	91,7	108	5,4	21,5
2. Vegetales	77,6	57	-7,3	14,9	9,0	-107	-9,7	7,6
3. Animales	108,7	272	20,4	17	82,7	216	15,2	13,7
4. Trigo	-35,2	-255	-8,4	-1	-38,9	-282	-9,2	-1,1
5. Carne (total)	32,7	124	11,7	8,2	24,7	92	9,0	5,9
6. Carne de pollo	14,6	49	5,9	2,7	12,1	41	4,9	2,2
7. Carne de cerdo	11,2	51	3	4,1	7,1	32	1,9	2,6
8. Leche	60,7	98	5,1	5,2	45,6	79	3,8	4,1
9. Girasol	4,4	107		12,1	1,9	45		5,1
(6+7+8+9)/Aumento	39,4%	47,9%	60,6%	69,1%	41,9%	42,5%	64,6%	58,1%

Nota. Kilos: habitante y año; Calorías: habitante y día; Proteínas y grasas: gramos por habitante y día. Los apartados 1 a 9 recogen la diferencia entre la primera media de años (1961-62) y la segunda. El último apartado expresa la suma de los productos industrializados exclusivamente sobre el total de productos que aumentaron entre esas dos fechas.

Fuente: elaboración propia a partir de las cifras del Balance Alimentario en Faostat.

El cambio alimenticio español en la perspectiva histórica del siglo XX

Si ponemos en perspectiva histórica la intensa variación alimentaria que vivió la España desarrollista, el primer tercio del siglo XX aparece como una comparativa especialmente interesante, pues, salvando las muy notables distancias en intensidad (Cuadro 6), los avances en renta y urbanización tuvieron asimismo un fuerte impacto sobre los hábitos alimenticios de los españoles.

Conviene aclarar, no obstante, que ambas presentan modelos de consumo bien distintos, y que sólo a partir de 1960 puede hablarse del consumo masivo propio del fordismo, ya generalizado en los EEUU desde la década de 1920. Antes de los años sesenta sólo la clase española pudiente seguía ese modelo, y no

20. Moreno, Sarriá y Pokpin (2002), p. 1001.

21. Soria y Gutiérrez (1983), p. 132.

fue sino tras el desarrollo económico propiciado por el Plan de Estabilización de 1959, que la formación de una extensa clase media permitió una rápida generalización del consumo de masas en España²². Fenómeno típicamente urbano e industrial, mal podía propagarse en el seno de una población que, hasta el decenio de 1960, aún era mayoritariamente rural²³.

La difusión del modelo de consumo fordista en España afectó de lleno al gasto alimentario, que todavía en 1960 absorbía más de la mitad del presupuesto familiar medio²⁴. La memoria reciente del hambre y la escasez de posguerra tuvieron su reverso en una tendencia a la saciedad cuando la mejora en los mercados y la renta lo posibilitaron, y que sumó a valores de prestigio social razones de salud, identificadas incluso con cierta propensión a la obesidad²⁵.

Hecha la salvedad de los distintos modelos de consumo, el volver la vista al primer tercio del siglo XX puede aportar pistas que clarifiquen la realidad posterior. Las variaciones en la dieta española durante esa época han merecido el reconocimiento de sus progresos, mayor incorporación de carne y leche, frente a una elasticidad renta negativa del cereal²⁶, junto con los calificativos de “mediterránea” y “atrasada”, consecuencia principal del acusado déficit en proteínas animales y su contrapartida, la gran presencia vegetal²⁷.

En los consumos cárnicos, la historiografía resalta tanto factores de oferta como de demanda que aclaran por qué no crecieron más en dicho período. Desde la demanda se acentúa el débil crecimiento de los ingresos por habitante que, al limitar la capacidad adquisitiva de buena parte de la población, fue incapaz de expandir más los consumos “superiores”. Adicionalmente, el crecimiento urbano, fruto, como en el desarrollismo, de un intenso éxodo rural, se interpreta más como factor retardatario que estimulante de un mayor consumo cárnico. Al quedar las rentas de los recién llegados por debajo del umbral precio de la carne, la considerable magnitud del fenómeno migratorio deprimió dicho consumo, sin que la evolución salarial mejorase significativamente esa situación²⁸. La influen-

22. El consumo anterior a 1960 queda definido como de “elite”, en Alonso y Conde (1994), p. 73 y 102-104.

23. Si en 1950 sólo el 35% de los españoles vivía en ciudades, ya en 1970 el porcentaje creció hasta el 65%, mostrando un ritmo de urbanización más acelerado, por ejemplo, que el francés (Fenollar, 1978, pp. 107-108).

24. Porcentaje que no presentaban ya países como Grecia o Italia, y que, aunque descendió rápidamente todavía suponía el 44,7% del gasto familiar español en 1968 (Alonso y Conde, 1994, pp. 155 y 163).

25. Para indagar en la relación entre privación, publicidad, salud y “voracidad alimentaria”, Alonso y Conde (1994), pp. 125, 128 y 147.

26. Malembaum, cit., en Jiménez Blanco (1986), p. 76.

27. Simpson (1993), p. 244; García Barbancho, cit., en Jiménez Blanco (1986), pp. 77-78.

28. Aunque, curiosamente, el ligero avance en el ingreso sí les permitió adquirir productos sustitutivos de la carne, tales como leche, huevos o pescado (Gómez Mendoza y Simpson, 1980, pp. 77-78). Acerca del protagonismo del bacalao como elemento sustitutivo de proteínas ganaderas ver Jiménez Blanco (1986), p. 75. Ver también Gómez Mendoza-Simpson (1988), p. 80; Pinilla (1995), p. 403; Nicolau y Pujol (2005), p. 124.

cia negativa del “efecto inmigrante” fue generalizada en el conjunto de la España urbana, encontrando cierto paralelismo con lo sucedido después de 1960²⁹.

En cualquier caso, el fuerte peso de la población rural en unos hábitos alimentarios todavía muy determinados por las disponibilidades agrarias locales y regionales, también condicionaba los consumos urbanos³⁰. Así por ejemplo, Nicolau y Pujol encuentran en la inadecuación de la oferta ganadera la justificación al pobre avance del consumo de carne en la Barcelona de preguerra. Lejos de las zonas ganaderas, la dieta tradicional contaba con un fácil suministro y conservación frente a la carne, sobre todo si se quería barata y de cierta calidad³¹. De forma similar, Simpson responsabiliza del pobre aumento del consumo cárnico a las dificultades para desarrollar una oferta ganadera a gran escala que respondiese a los incrementos en renta de las grandes urbes³². El GEHR encuentra, asimismo, en la rigidez de la oferta la escasa satisfacción de los incrementos de demanda por parte de los ganaderos³³. Para Martínez López³⁴, esa escasa adaptación de la oferta cárnica se trasladaba negativamente a sus precios y consumo, con excepción de las zonas de elevada densidad ganadera. A diferencia de la homogeneización alimenticia difundida en el desarrollismo, la mayor o menor proximidad de la oferta determinó una diversidad de dietas, algunas de las cuales (norte del país) si consumían cantidades relevantes de productos ganaderos³⁵.

En otro de los consumos “estrella” de los años sesenta y setenta, la leche, razones de demanda y oferta vuelven a combinarse. A juicio de Domínguez, la expansión del consumo lácteo en España previo a 1936 vino inducida por la creciente urbanización y el intenso incremento de la producción en el norte del país, siendo la propia demanda la que limitó dicho auge³⁶. El fomento del consumo de leche de vaca halló una especialización agraria favorable, mediante la introducción de razas foráneas y un mayor suministro de forrajes, expandiendo la producción, y rebajando sus precios relativos³⁷. No obstante, el propio desarrollo del mercado deparó una gran concurrencia de oferentes, forzando a los productores de leche industrializada a buscar los estratos urbanos de renta elevada, o a restringir la competencia para no perder cuota. Las dificultades de una oferta básicamente local, con la producción industrial muy concentrada en el norte del país, determinaban precios elevados en las vaquerías y una acusada estacionalidad en la demanda³⁸.

29. Martínez López (2002).

30. Gallego (2001), p. 170.

31. Nicolau y Pujol (2003), pp. 250-251.

32. Simpson (1997), p. 259.

33. GEHR (1979), pp. 120-122.

34. Martínez López (2002).

35. Jiménez Blanco (1986), p. 77.

36. Domínguez (2003), pp. 470-471.

37. Nicolau y Pujol (2005), p. 115.

38. Pinilla (1995), p. 410; Domínguez (2003), p. 480; Simpson (1993), p. 259; Pujol (2003), p. 268-269.

En definitiva, los consumos de origen animal no crecieron más en España antes de 1936, en parte por el débil estímulo de una demanda afectada por el gran peso de la población rural, el mayoritario componente inmigrante de la expansión urbana, y la pobre evolución salarial. Pero también por las notables carencias de la oferta, en la producción, conservación, transporte y distribución de dichos alimentos. Los ejemplos de las dos ciudades principales revelan que, incluso ante impulsos de demanda relativamente favorables, las limitaciones en la oferta ganadera condujeron a cuellos de botella en sus consumos. Es decir, la propia debilidad de la demanda evitó finalmente mayores problemas de suministro, aliviando el desfase de una ganadería con escasa capacidad de desarrollo a gran escala.

La comparación con el consumo de pescado, alimento tradicionalmente sustitutivo de la carne en España, apunta en idéntico sentido. El mejor comportamiento de los precios relativos del pescado frente a los de la carne durante el primer tercio del siglo XX, se justifica en buena medida por el apreciable desarrollo de la flota pesquera en ese período³⁹, poniendo de manifiesto la importancia de la oferta en sus distintos consumos. Aún así, fue tras la Guerra Civil cuando el pescado se erigió en principal sustituto cárnico en las ciudades. A ello contribuyó, además de la potencia del sector pesquero nacional, los graves inconvenientes de abastecimiento y precios relativos desfavorables para la carne⁴⁰.

Precisamente, la pobre dinámica de los consumos ganaderos durante el primer franquismo, ha encontrado justificaciones por el lado de la demanda. García Barbancho señaló cómo la escasez de estos y otros productos (grasas vegetales) durante la prolongada posguerra los marginó de la dieta española, no recuperando su hábito ni siquiera cuando la situación mejoró⁴¹. Resulta muy llamativo que fueran justo esos mismos productos los actores del cambio alimentario inmediatamente posterior.

Tomás García vinculó el estancamiento de los consumos ganaderos con los bajos ingresos de la población, que en buena medida ocultaron las graves carencias de una cabaña ganadera todavía por debajo de las cifras de preguerra⁴². Quizá esa razón de oferta explique que, con la misma demanda endeble, la ingesta de carne caía en el periodo 1950-54 a cerca de la mitad del observado en 1931-35, mientras la de pescado crecía por encima⁴³.

La comparación con el pescado matiza, por tanto, la gran trascendencia concedida habitualmente al factor demanda en la dinámica alimenticia española.

39. Nicolau y Pujol (2005), p. 113.

40. Piquero y López (2005), pp. 12-13.

41. García Barbancho (1960), pp. 111-112.

42. García (1957), p. 22.

43. Piquero y López (2005), p. 12, cifran el descenso del consumo de carne desde los 24 kilos por habitante y año entre 1931 y 1935, hasta los 13,5 entre 1950 y 1954. Para esos mismos periodos el pescado creció desde los 15,3 kilos hasta los 18,9.

Trasladándonos a la época desarrollista, el análisis de las tres variables probablemente más influyentes sobre la demanda, en comparación con el primer tercio de siglo, reflejan la gran ventaja en intensidad de los años sesenta. No sólo el crecimiento urbano (fruto de un gran éxodo rural) fue muy superior, sino que decantó definitivamente el peso demográfico en las ciudades (ver nota 7). Además, el posible “efecto inmigrante” quedó más que compensado por el incremento espectacular de la renta per cápita, que incluyó prácticamente a todas las capas sociales (Cuadro 6).

CUADRO 6

COMPARACIÓN ENTRE DISTINTAS VARIABLES DE DEMANDA EN ESPAÑA

	Tasas anuales acumulativas (%)	
	1921-1930	1961-1970
PIB per cápita	1,76	11,8
Migración interprovincial	4,3	7,8
Urbanización (+ 10.000) 2,05	2,66	
Urbanización (+ 25.000)	2,12	2,73

Fuente: PIB, elaboración propia a partir de Leandro Prados; Migración interprovincial, dato cedido por Javier Silvestre (elaborado a partir de Censos de Población); Tasas de urbanización, elaboración propia a partir de Anuario Estadístico de España, INE, 1984.

En conclusión, cabe hablar de un rotundo impulso diferencial dado al consumo (en particular de productos “superiores”), por las variables señaladas, y durante los años sesenta. Ello implicaba que la mayor capacidad adquisitiva de la población no enmascaraba ya los problemas de adaptación de la oferta, haciendo recaer sobre ella por entero el equilibrio del mercado.

En los alimentos ganaderos, lo sucedido muestra que ni siquiera la fuerte concentración de la renta española en la década de 1960⁴⁴, evitó graves insuficiencias de oferta en productos como la ternera. Y fueron las dificultades de este tipo de consumos las que facilitaron en parte el éxito masivo de producciones más asequibles.

Como ocurriera durante el primer tercio del siglo XX, pero a una escala mucho mayor, las nuevas posibilidades adquisitivas desviaron el consumo hacia productos ganaderos con menores precios relativos. Las carnes de pollo y cerdo

44. El análisis de la distribución de la renta entre los hogares españoles realizado por Angel y Julio Alcaide (1976) es harto expresivo; en 1964 sólo el 25,6 % de aquellos obtenía una renta igual o superior a la media, porcentaje que descendería al 23,2 % en 1970. Hasta 1974 la cifra no despegaría ligeramente (29%), en parte gracias al crecimiento del estrato de renta media alta (entre el 100 y el 200% de la renta media), Peinado (1985).

se convirtieron en las grandes beneficiarias del aumento en los ingresos de los españoles, en detrimento de la producción rumiante, más rígida ante la expansión de la demanda.

Por tanto, la enorme potencia de la demanda permitió al conjunto de los españoles alcanzar por primera vez en los años sesenta el umbral de los alimentos “superiores”, antes mucho más minoritarios. Con todo, las posibilidades reales de elección siguieron muy determinadas por el mecanismo de los precios relativos, favoreciendo a aquellas producciones que pudieron dirigirse al consumo masivo, frente a otras cuya inadaptación a la demanda las situaron todavía como bienes de lujo⁴⁵. Condición que, hasta ese mismo momento, revestía en los entornos urbanos el principal éxito del modelo fordista, las aves de corral⁴⁶.

Según la teoría agroalimentaria⁴⁷, el progreso en la renta modificó los alimentos incluidos en la dieta española por grandes grupos (más carnes, menos cereales...). Pero el grado y la composición de las modificaciones internas de cada grupo, vinieron más influidos por factores de oferta, dado que resaltaban el atractivo y la accesibilidad de unos alimentos (más o menos sustitutivos) frente a otros. Al respecto, las características del consumo alimentario en la España desarrollista, cuantitativo y poco diferenciado⁴⁸, facilitaban el éxito de las producciones industrializadas a gran escala, capaces de suministrar proteínas en mayor cantidad, homogéneas, y a más bajo precio.

La influencia de la oferta: evolución de la industria agroalimentaria española entre 1960 y 1975

En las sociedades modernas, la capacidad de consumir alimentos se vincula con los progresos técnicos alcanzados en la industria y el ritmo al que dichas innovaciones se transmiten a los precios, variando preferencias y hábitos alimenticios⁴⁹. La conjunción de los importantes avances en productividad del sistema agroindustrial, con los sustanciales aumentos en la renta por habitante, posibilitaron el surgimiento en Occidente de la sociedad de consumo masivo después de 1950.

La demanda de consumo se concentró crecientemente en productos con mayor grado de transformación, y por ende, de valor añadido, donde la agroindustria mostraba ya su superioridad respecto de la agricultura⁵⁰. Desde entonces,

45. Soria, Delgado y Rodríguez (1978), en su estudio del consumo de carnes en España entre 1958 y 1974 constatan en efecto que la elasticidad precio de la ternera fue apreciablemente mayor (1,58) que la del porcino (0,98) y las aves de corral (1,08).

46. Por ejemplo, y para la ciudad de Barcelona, dicho consumo se restringía, previo a la Guerra Civil, a fechas señaladas o para la atención de los enfermos (Nicolau y Pujol, 2005, p. 111).

47. Padilla y Thiombiano (1992), p. 72

48. Langreo (1990).

49. Padilla y Thiombiano (1992), pp. 69-70, y 81-82.

50. Schultz, cit., en Peinado (1985), p. 238.

los factores de oferta influyeron sobremanera en el consumo del conjunto de los sistemas alimentarios desarrollados.

España no fue una excepción a esa dinámica, y además una serie de circunstancias acentuaron la influencia de los procesos de transformación (y distribución) alimentaria sobre el consumo. La industria alimentaria española era un sector muy atrasado a finales de los años cincuenta respecto de su entorno europeo, con un escaso nivel tecnológico y un tamaño empresarial bastante reducido. De hecho, características básicas de la producción agroindustrial española todavía en el decenio de 1960 eran su estructura artesanal y el estar centrada en productos de primera transformación, que incorporaban muy poco valor añadido⁵¹.

En este contexto, las nuevas exigencias de la demanda estimularon la modernización de tales industrias, configurando una evolución muy diversa según sectores. Las industrias del complejo pienso-ganadero crecieron con fuerza su valor añadido bruto entre principios de los años sesenta e inicios/mediados de los setenta (Cuadro 7). La posibilidad de obtener importantes economías de escala estableció diferencias en productividad muy favorables a ellas. Por el contrario, las manufacturas de alimentos más tradicionales no incrementaron tanto su valor añadido, e incluso algunas lo hicieron por debajo del aumento medio del sector agroalimentario (Cuadro 7).

CUADRO 7

EVOLUCIÓN DEL VALOR AÑADIDO BRUTO EN LA INDUSTRIA Y DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DEL TOTAL DEL MISMO (EN PESETAS CONSTANTES DE 1970)

	Evolución del V.A.B. (números índices)			Distribución del V.A.B. en %		
	1962	1971	1975	1962	1971	1975
Industrias cárnicas y grasas	100	274,1	479,2	4,2	6,8	9,1
Industrias derivados aceite	100	217,2	407,7	4,4	5,6	8,1
Industrias lácteas y de helados	100	307,9	385,1	5,4	9,7	9,7
Sacrificio ganado	100	244,7	344,6	4,4	6,3	6,9
Piensos compuestos	100	219,2	274,8	3,4	4,4	4,3
Industria panadera	100	178,4	242,4	12,2	12,9	13,5
Industrias harineras	100	130,4	162,6	4,7	3,6	3,4
Industrias aceite oliva	100	78,4	67,9	2	2,8	0,8
Molinos de cereal-legumbres	100	68,9	52,5	6,1	0,8	1,9
Industrias alimentarias	100	169,6	220,4	100	100	100

Fuente: elaboración propia a partir de los datos facilitados por Peinado, extraídos a su vez del Banco Bilabo, Renta Nacional.

51. Juan i Fenollar (1978), pp. 200 y 214.

Las cifras de producción confirman la superioridad de los mismos sectores expansivos, así como la evolución negativa de las industrias de alimentos con menor elasticidad renta, caso de las harineras (Cuadro 8). Sin embargo, no todas las industrias del cereal siguieron la misma dinámica, e incluso las hubo que incrementaron sustancialmente su producción, como los piensos compuestos (Cuadro 8), o las galletas⁵². Al respecto, la propia industria agroalimentaria proporcionaba al producto agrario transformado una mayor elasticidad renta⁵³, de modo que en el éxito final de un sector influía más la capacidad de innovar y adaptar sus productos a los nuevos requerimientos de la demanda, que la mayor o menor capacidad industrial del mismo⁵⁴.

CUADRO 8

DINÁMICA DE LA PRODUCCIÓN DE ALGUNAS INDUSTRIAS ALIMENTARIAS EN ESPAÑA (VALORADA EN PESETAS CONSTANTES DE 1970)

Números índices	1964	1967	1969	1971	1973
Derivados del aceite	100	132,4	192,4	228	284,2
Lácteos y helados	100	141,9	218,7	262,9	268,8
Cárnicas y de grasas	100	123,5	198,6	206,4	266,9
Piensos compuestos	100	128,8	159,8	149,2	171,2
Fábricas de harinas	100	96,3	99,6	87,5	89,7
Industria panadera	100	96,3	99,6	87,5	89,7
Aceite de oliva y subproductos	100	63,6	68,6	68,6	65,9
Total alimentación-bebidas	100	112,5	122	97,2	110

Fuente: elaboración propia a partir de los datos facilitados por Peinado, extraídos a su vez del Banco Bilabo, Renta Nacional.

Siendo la creciente asunción industrial de más fases de la cadena productor agrario-consumidor un rasgo esencial del nuevo sistema alimentario⁵⁵, el caso español muestra la estrecha vinculación entre alimentos de consumo expansivo e industrialización más exitosa. Y aunque es cierto que las industrias triunfaron gracias a un fuerte estímulo de demanda concordante, favorable a la proliferación y al crecimiento industrial, también es verdad que fue mejor aprovechado por aquellas que lograron una rebaja superior en el coste de la caloría producida. Su oferta de productos homogéneos de calidad inundó, así, los mercados, desplazando a otras producciones, con menor éxito industrial.

52. Para un estudio más profundo de las singularidades del sector galletero desde 1950, Moreno (2001).

53. Rodríguez Zúñiga y Soria Gutiérrez (1985), p. 23.

54. Caso de las harinas. Germán (2002).

55. Friedman (1991), p. 67.

El ejemplo de las cárnicas es harto ilustrativo. La apreciable debilidad técnica y económica del sector, con unos costes de producción bastante elevados, deparaban precios para el conjunto de la industria igualmente altos. No obstante, dentro del propio sector existían disparidades relevantes, en función de una serie de costes que erigían al precio en la variable determinante para competir en el mercado nacional. Entre tales costes, la importación de la materia prima era uno de los más onerosos para las cárnicas, máxime si, como en el vacuno, era la propia carne el objeto principal de la compra al exterior⁵⁶. Las industrias del complejo pienso-ganadero también encontraban en el abastecimiento de materias primas su mayor handicap⁵⁷. Pero la participación de multinacionales les permitía obtener los piensos a unos precios que se hallaban entre los más baratos de cuantos producían las industrias alimentarias españolas⁵⁸.

Surge así el segundo rasgo destacado de la historia alimentaria reciente: la internacionalización del sistema agroalimentario⁵⁹. Tras la aparición de un sistema de consumo masivo integrado a nivel nacional, subyace la realidad de una organización internacional tanto de los factores como de los mercados alimentarios⁶⁰. Y fue precisamente la expansión del complejo pienso-ganadero, ligado a patrones de consumo cárnico y lácteo, el principal puntal productivo de un modelo difundido por multinacionales estadounidenses tras la Segunda Guerra Mundial. Según la pauta de otros sectores industriales, dichas multinacionales aprovecharon el gran potencial de crecimiento de los mercados occidentales para localizar artículos cuya nueva base genética y alimenticia les confería un liderazgo tecnológico capaz de traducirse fácilmente en economías de escala muy ventajosas. Dada la todavía relativa escasez de dólares en el mercado internacional (caso extremo el de la España franquista) y las barreras arancelarias aún existentes, se instalaron filiales en los países para facilitar a las empresas transnacionales el aprovisionamiento de materias primas, disminuyendo sus costes mientras aumentaba la cuota de mercado interior⁶¹.

En la España de 1950, la situación de sus industrias alimentarias conformaba un caldo de cultivo perfecto para la llegada de capitales extranjeros, dadas las buenas perspectivas de futuro que exhibía el mercado. Insertas en la tónica general de la industria española (pobre inversión en I+D, y por ello, muy dependientes tecnológicamente del exterior, reducida dimensión empresarial, escaso grado de transformación de los productos), apenas supusieron competencia para unas multinacionales alimentarias que *“se convirtieron en las grandes industrias en un sector en el que no había grandes industrias”*⁶².

56. Juan i Fenollar (1978), pp. 208-209 y 219-220.

57. Informe para la elaboración del III Plan de Desarrollo (1970), pp. 241-245.

58. Juan i Fenollar (1978), p. 211.

59. Padilla y Thiombiano (1992), pp. 74-75.

60. Friedman (1991), p. 80.

61. Goodman y Redclift (1991), pp. 99 y 112. Valdaliso y López (2000), pp. 297 y 417-418.

62. Cruz Roche (1978), p. 113.

En realidad, el proceso calcó al de otros sectores industriales españoles, también integrados por filiales de grandes transnacionales, dominantes tecnológicamente, y que fabricaban productos ya probadamente exitosos⁶³. Razón que explica una presencia no indiscriminada, sino concentrada en aquellos sectores con mejores posibilidades (lácteos, pastas alimenticias y piensos, fundamentalmente), donde las multinacionales pasaron a ocupar los primeros puestos⁶⁴.

Justo los cuatro productos de consumo más expansivo durante el período (carne de pollo y de cerdo, leche y girasol) fueron, no sólo sectores internacionalizados, con participación directa de multinacionales o mediante filiales españolas, sino que integraron además el complejo pienso-ganadero propio del modelo fordista. Todos ellos experimentaron una transformación y organización industrial más intensa, gracias a su mayor vinculación al sistema agroalimentario transnacional, con reflejo directo en el mercado.

Análisis de las industrias alimentarias del pollo, cerdo, aceite de girasol y leche

Las aves de corral y el porcino fueron, dentro de las industrias cárnicas, los grandes protagonistas del auge en el consumo de carne en España, según hemos visto. Ambos sectores formaron parte además del complejo pienso-ganadero transnacional, que en el caso español tuvo un desarrollo particularmente intenso tras los acuerdos hispano-estadounidenses de 1953.

La instalación de producciones intensivas, financiadas y controladas por multinacionales del pienso, mediante contratos de integración vertical con explotaciones agrícolas y ganaderas, pronto ofrecieron productos homogéneos de calidad y a precios más asequibles. El factor tecnológico resultó determinante, pues las especies monogástricas presentaban mejor coeficiente de conversión del pienso en proteínas que los rumiantes. Tecnología, genética y alimentación importadas, se relacionaron estrechamente en el desarrollo de las industrias porcina y aviar, otorgando a las grandes empresas de piensos compuestos un papel central en la expansión de la ganadería industrial en España. Una vez en funcionamiento, la superioridad tecnológica de unas especies desarrolladas para obtener rendimientos elevados se trasladó al mercado⁶⁵.

El Plan de Estabilización de 1959 supuso el verdadero despegue del proceso, en la medida en que la apertura económica permitió a las empresas de piensos instalarse e importar las cantidades de cereal que precisaban⁶⁶.

63. Temine *et al.* (1982), pp. 334-335.

64. Cruz Roche (1978); Peinado (1985b).

65. Langreo (1990), pp. 195-196; Domínguez (2001), p. 56; Segrelles (1993), pp. 134, 283 y 304.

66. Langreo y Rodríguez Zúñiga (1992), pp. 72-74.

Reducida la incertidumbre empresarial en un sector maduro tecnológicamente⁶⁷, la previsible expansión de la demanda, acorde con el aumento de la renta desde finales de los años cincuenta, estimuló sobradamente la implantación de los sectores fordistas. La ausencia de tradición productiva y de un acervo tecnológico previo en dichas ganaderías intensivas, extendió la fórmula de la integración vertical, desplazando a las explotaciones no integradas, a causa del excesivo peso del cereal en la alimentación ganadera⁶⁸. Proceso integrador que se acomodó mejor a las características productivas de aviar y porcino: ciclos de producción cortos y precios muy sometidos a las coyunturas del mercado. Además, la tecnología, aunque desconocida en España, era fácil de manejar y permitía la compatibilidad de las labores agrícolas y ganaderas. El vacuno, con otros condicionantes, desarrolló más tardía y lentamente esta fórmula de agricultura contractual⁶⁹.

La integración vertical de explotaciones ganaderas con grandes industrias del pienso difundió economías de escala a lo largo de toda la cadena alimentaria. La conexión de aves y porcino con mataderos modernos facilitó su transformación y comercialización, frente a los rumiantes, más conectados aún a los ineficientes mataderos municipales, y bastante más dependientes de los mayoristas para la distribución comercial. Al ser la carne el producto con mayor diferencia entre el precio a pie de fábrica y el del consumidor final⁷⁰, la reducción de los márgenes abarató, adicionalmente, el pollo y el cerdo frente a otras especies. En una industria cárnica, aún con importantes deficiencias estructurales, dichos sectores situaron sus industrias y mataderos cerca de los grandes centros de consumo, disminuyendo asimismo otros costes relacionados (transporte, conservación). Todo lo cual evidenció una clara relación positiva entre grado de integración vertical y rentabilidad empresarial⁷¹, con el excelente negocio del pollo (donde la integración era plena) como mejor ejemplo.

Los condicionantes señalados favorecieron, por tanto, la sustitución de las carnes de rumiantes, más habituales en las ciudades, por las de porcino y aves, durante los años sesenta y primeros setenta⁷², agudizándose el proceso tras la crisis de 1973. Esta preferencia creciente por la carne de aves y porcino en detrimento de la de vacuno fue un proceso bastante generalizado en Occidente durante la década de 1960, convirtiéndolo en paradigma del efecto sustitución entre ali-

67. Valdaliso y López (2000), p. 290.

68. Langreo (1985), pp. 57-59.

69. González del Barrio (1978), pp. 68-69.

70. Titos Moreno (1978), pp. 227-229.

71. Bueno y Ramos (1988), p. 102 y ss. Soria, Delgado y Rodríguez (1978) apuntan, precisamente, al cambio tecnológico que afectó al aviar y al porcino como posible explicación del crecimiento diferencial de su consumo frente al de ternera entre 1959 y 1974.

72. Soria, Delgado y Rodríguez (1978) apuntan, precisamente, al cambio tecnológico que afectó al aviar y al porcino como posible explicación del crecimiento diferencial de su consumo frente al de ternera entre 1959 y 1974.

mentos⁷³. Sin embargo, la gran intensidad de tal efecto en el caso español revela, cuando menos, una muy potente adopción del modelo fordista.

El pollo, máximo exponente de dicho modelo alimentario⁷⁴, y que, junto a la soja, integró el principal complejo pienso-ganadero exportado por los EEUU a Europa, gozó de una implantación espectacular en España. La avicultura industrial, orientada en inicio a la producción de huevos, derivó en los años sesenta hacia la cría de pollos de engorde broiler, variedad estadounidense pionera en desarrollarse mediante fórmulas de integración vertical entre ganaderos y grandes empresas de piensos. En un sector dominado por la pequeña explotación familiar, las industrias fueron integrando partes crecientes de la cadena productor-consumidor hasta controlar el proceso completo ya en los años setenta⁷⁵. El control de los mataderos privados, y de los canales de distribución, logró rebajar los costes de transformación y comercialización, sumándose al menor coste por animal obtenido en la producción. Todo ello convirtió al pollo en alimento de consumo masivo. Y aunque pronto la fuerte capacidad productiva del sector superó el ritmo expansivo de la demanda, ello no hizo sino reforzar a las empresas capitalizadas, y expandir el control ejercido por la integración vertical a la fase de cría. Además, las grandes integradoras cargaban sobre los ganaderos el peso de las coyunturas desfavorables, salvaguardando la fuerte competitividad del broiler en el mercado⁷⁶.

El porcino fue otro sector pionero en desarrollar una ganadería industrial intensiva, mediante la aparición de cebaderos también controlados por multinacionales del pienso, e importación de la base genética. No obstante, y pese a su apreciable crecimiento en los últimos años cincuenta, tuvo una integración vertical más tardía que la de las aves. Con todo, la fase integrada (la de cebo) condicionó el nivel de actividad productiva de todas las demás en todo momento.

La menor integración inicial del porcino tuvo que ver con una inferior presencia de multinacionales, el ser una producción acusadamente más rural, su superior dependencia de cereales pienso (cebada), mayor virulencia de las epizootias, así como una fuerte estacionalidad productiva, agravada por el conocido “ciclo del cerdo⁷⁷”. Sólo la crisis del sector en 1967 propició la extensión del proceso integrador, redundando en un gran expansión, apoyada por un incremento sustancial del suministro interior de cereales pienso. Como en las aves, el creciente empleo de mataderos industriales y generales frigoríficos, facilitó su

73. Padilla y Thiombiano (1992), pp. 69-70.

74. Goodman (1991), p. 109.

75. La producción de huevos no experimentó un grado de integración relevante. La fuerte elasticidad precio del producto habría desincentivado a las industrias a asumir riesgos tan elevados, proliferando la constitución de cooperativas (Dominguez, 2001)

76. Langreo (1990), pp. 91, 195-197; Segrelles (1993), pp. 189, 284, 289, 405 y 414; Cajas de Ahorro (1969), pp. 136, 191-193, Langreo (1985), p. 58.

77. Para una explicación detallada del ciclo del cerdo, así como su incidencia en la marcha del sector porcino español durante el franquismo, Caldentey (1980).

comercialización frente a otras carnes. El aumento final de la integración encontró un sector cuyo éxito, al igual que en el pollo, dependía de ofrecer mayores volúmenes de producto y a menor precio que otras especies competitivas (y más o menos sustitutivas). La conformación de un oligopolio en un mercado de carne y animales bastante cerrado al exterior contribuyó mucho a un rápido desarrollo⁷⁸.

La aplicación del complejo pienso-ganadero transnacional explica también el auge de los aceites vegetales en el mercado español. Los acuerdos hispano-norteamericanos de 1953, puerta de entrada en España para dicho complejo, trajeron cantidades notables de soja, que pronto se vincularon estrechamente al desarrollo de la ganadería intensiva.

La espectacular expansión, sobre todo del aviar, corrió paralela al ascenso de una industria molturadora de semillas oleaginosas que suministró los piensos requeridos. Este sector también estuvo muy participado desde el inicio por multinacionales norteamericanas, cuya fuerte penetración aprovechó un mercado en crecimiento, y una serie de ventajas institucionales que facilitaban el desempeño de su negocio⁷⁹. El rotundo éxito del pollo disparó las necesidades de oleaginosas, forzando a las grandes molturadoras a buscar alternativas interiores a la soja, en especial el girasol. El informe FAO-BIRD de 1966 ya planteaba la necesidad de desarrollar sustitutos a la soja, dado el aumento esperado de la demanda cárnica en España. Demanda que, finalmente, desbordó todas las previsiones, expandiendo la producción de aceites de semillas hasta desequilibrar todo el mercado oleícola español. En este “mar de aceite”, la saturación en el consumo oleico a principios de los años setenta condujo a un exceso de oferta que perjudicó sobremanera al olivar. La presión de los olivareros supuso una liberalización del producto que redundó en un fuerte aumento de sus precios. Por otro lado, el embargo norteamericano de la soja mundial en 1973 deprimió las importaciones de haba, ocasionando, asimismo, un incremento considerable en el precio de su aceite. Todo lo cual favoreció al girasol, cuyo precio, bastante más asequible que el de oliva, se mantuvo en el primer lustro de 1970, determinando así una notable incorporación a la dieta española. La superior competitividad del girasol se explica no sólo por su mayor modernización tecnológica frente al olivar, o un aprovisionamiento menos dificultoso que el de la soja, sino también por la gran capacidad productiva del sector. Poco tardaría dicha capacidad en conformar un subsector sobredimensionado, en el que un reducido número de empresas competían intensamente entre sí⁸⁰.

La soja y el girasol ejemplifican, asimismo, el triunfo de producciones indus-

78. Domínguez (2001), pp. 57, 60-61; Langreo (1990), pp. 108-109; Segrelles (1993), pp. 114, 136, 285 y 289; Iresco (1974), pp. 11-12 y 46-47; Langreo y Rodríguez Zúñiga (1992).

79. Cruz Roche (1978), p. 129; Viladomiu (1985), pp. 151, 161-168; Tió (1982), pp. 197 y 217.

80. Viladomiu (1985), pp. 169-174; Tió (1982), pp. 207, 210 y 237; Zambrana (2000), pp. 31-33; Langreo (1985), p. 47.

triales, tecnológicamente avanzadas, que obtenían productos de calidad a bajo coste. Su creciente inserción en los hábitos dietéticos desmintió la resistencia de los españoles “*a consumir aceites vegetales distintos del de oliva*”⁸¹. Cuando las opciones se ampliaron, la preferencias hacia dicho aceite quedó muy matizada, y su consumo acabó resintiéndose⁸².

Por último, la leche, presenta similitudes importantes con las producciones anteriores. La presencia de capital extranjero, tradicionalmente muy relevante, se acentuó en el período tratado, de manera que, a comienzos de la década de 1970, las industrias con participación foránea mayoritaria copaban los primeros puestos del sector, mientras muchas “nacionales” no eran sino filiales de grandes multinacionales. También como en el aviar y el porcino, la tecnología y la base genética desempeñaron un papel esencial en la expansión láctea, sin olvidar la alimentación animal, aunque con una relevancia inferior al de aquellos casos⁸³.

El problema de salud pública que planteaba la venta directa de leche cruda, facilitó el impulso administrativo a la leche líquida higienizada durante los años sesenta, imponiéndose con rapidez al resto de leches industrializadas. Dicho proceso industrial exigía, no obstante, técnicas avanzadas, y con ellas, inversiones elevadas para exprimir al máximo las economías de escala. Todo ello inserto, además, en un modelo ganadero parcialmente estabulado a partir de razas extranjeras, y con un consumo de piensos compuestos (complementarios a la alimentación extensiva), básico para mejorar los rendimientos. Así, la base genética generó, también en la industria láctea, cierta dependencia respecto de las empresas suministradoras de piensos⁸⁴.

La concesión privilegiada de la venta exclusiva en zonas geográficas concretas a las Centrales Lecheras supuso una mayor concentración industrial en un sector de reducida dimensión media. Además, la capacidad de fijar unilateralmente las líneas de recogida de leche permitió a las industrias diseñar el mapa lácteo español según sus necesidades (emplazarse cerca de los grandes centros de consumo), como sucediera también en los sectores aviar y porcino. Finalmente, el estímulo a la producción vía precios, condujo también a este sector a la aparición de excedentes ya en los años sesenta, repitiendo el esquema de mayor concentración empresarial, sin que el aumento de la oferta se detuviese⁸⁵.

En conclusión, las industrias relacionadas con los alimentos de consumo más exitoso entre 1960 y 1975 siguieron una serie de patrones comunes que les otorga-

81. García Barbancho (1960), p. 75.

82. Tió (1982), p. 220

83. Cruz Roche (1978), pp. 161-163; Domínguez (2003), p. 62.

84. Jordana (1985), p. 83; Domínguez (2003), pp. 457-58 y 462; Cajas de Ahorro (1969), p. 47; Soria, Rodríguez y Ruiz (1980), pp. 183-184.

85. Domínguez (2003), p. 457, señala que España era considerado el primer país en industria láctea a nivel alrededor de su entrada en la CEE. Ver también, Jordana (1985), p. 83; Juan i Fenollar (1978), p. 222; Langreo (1985), p. 50; Domínguez (2001), pp. 487-490; Domínguez (2001), p. 63.

ron ventajas frente a otro tipo de productos. La disponibilidad de tecnología, genética y piensos foráneos, pensados para obtener los máximos rendimientos, gracias al apoyo de capitales multinacionales, y en conexión más o menos directa con productores agrarios e industriales españoles, produjo artículos más baratos, de buena calidad, y más adaptados a las exigencias de la nueva demanda que otros sectores que no gozaron de estas condiciones o lo hicieron en un grado bastante inferior.

El peso de la variable institucional en los cambios agroalimentarios

Los teóricos agroalimentarios consideran a la “variable internacional” (la importación de tecnología, base genética y alimenticia) como externa al sistema, y muy dependiente por ello de la actuación institucional, sea del poder político, o de las diversas fuerzas que en él influyen. Aseguran que el manejo de dicha variable puede influir en el consumo, creando nuevos hábitos alimentarios que conducen al país a una mayor dependencia respecto del exterior⁸⁶. Los gobiernos desempeñan también una labor central en la penetración de las corporaciones transnacionales, según un proceso en el que a cambio del crecimiento económico y la difusión tecnológica se reduce la libertad nacional para tomar decisiones⁸⁷.

En España, la implantación del modelo fordista agroalimentario transnacional repitió el esquema de muchos países occidentales en ese mismo período. Sólo que, al partir de una industrialización tardía, la alimentación compartió con la mayoría del sector secundario español una profusa adopción de pautas tecnológicas e industriales foráneas⁸⁸. Más intensa, si cabe, en cuanto que la industria alimentaria española presentaba una mayor debilidad que otras industrias⁸⁹.

Al proceso contribuyeron determinantemente las ventajas administrativas otorgadas al capital extranjero para instalarse en España. No precisando hasta 1973 de autorización gubernamental para inversiones inferiores al 50 % del capital total, se facilitó una fuerte introducción multinacional⁹⁰. Dicha penetración fue especialmente intensa en la alimentación⁹¹.

Asimismo, el proceso integrador contó con enormes facilidades en España. La legislación no reguló los contratos de integración (como sí ocurrió en Francia desde 1964)⁹², certificando el poder de las grandes empresas para imponer sus

86. Padilla y Thiombiano (1992), p. 84.

87. Barkin (1981), pp. 27-28.

88. Alonso y Conde (1994).

89. Rama (1985).

90. Cruz Roche (1978), pp. 97-99, 111-112, y citando a Campos Nordman, Cruz Roche (1978), pp. 125-126; Juan i Fenollar (1978).

91. De las 77 empresas alimentarias incluidas en las 500 Grandes Empresas Industriales españolas en 1972, 30 estaban participadas por capital extranjero (Juan i Fenollar 1978, p. 199).

92. Siguiendo el modelo francés hubo diversos intentos de regularización que fueron desestimados “políticamente” (González Barrio, 1978)

condiciones y controlar la producción, los precios y el mercado⁹³. Dado el reclamo del Consejo de Europa en 1973 para evitar los abusos de la agricultura contractual, la situación española no parece haber constituido una excepción. Sin embargo, España presentaba dos factores que la convertían en campo abonado para las grandes integradoras: primero, la ausencia de asistencia técnica gubernamental a agricultores y ganaderos; y segundo, la inexistencia de un sector cooperativo con capacidad de defender sus derechos. Sólo en 1972 la ley de Agrupaciones de Productores Agrarios estimuló finalmente la constitución de cooperativas y otras organizaciones profesionales agrarias⁹⁴. Si consideramos que el desequilibrio contractual favorable a la firma integradora es mayor cuanto menos asociados estén los agricultores y más concentrada la industria⁹⁵, apreciaremos el enorme poder para controlar la producción, exprimir a los productores y, consiguientemente, llevar al mercado productos más competitivos, del que disfrutaron las grandes empresas instaladas en los sectores mencionados⁹⁶.

El desarrollo en España del entramado soja-aviar, máxima expresión del complejo pienso-ganadero transnacional, ilustra la influencia institucional en la implantación española del modelo fordista. Hacia 1955, las aves de corral apenas aparecían en la dieta española media, mientras las importaciones de cualquier modalidad de pienso estaban prácticamente prohibidas. Tanto es así que, cuando se reguló su fabricación en 1957, los piensos procedían por entero de materias primas nacionales. Y eso que ya desde 1953, los acuerdos con los EEUU suponían la llegada de grandes excedentes de aceite de soja y maíz norteamericanos, canalizados por sus propias multinacionales. Además, el propio impulso ministerial dado a la importación de razas de aves genéticamente mejoradas, fue emprendida por particulares, sin control ninguno por parte de la administración franquista.

En cambio, a partir de 1960, una serie de medidas facilitaron una rápida expansión del complejo soja-(maíz)-aviar en España. Primero, la reducción de aranceles ese mismo año para la importación agropecuaria, en especial de cereales. Luego, en 1962, la liberalización de las importaciones de soja, completado por la del sector molturador de aceites un años después, con el pretexto de que la transformación interior del producto otorgaba un mayor valor añadido, mientras mejoraba la balanza comercial. Se transitó, así, de importar aceite a haba de soja en condiciones arancelarias ventajosas respecto a otros productos semejantes. La importación quedó además reservada, prácticamente, a las empresas molturadoras. Por si fuera poco, la compra garantizada administrativamente de todo el aceite molturado a precios mundiales, introdujo una diferencia respecto de otros

93. Langreo (1985) y Segrelles (1993), pp. 291, 318-321.

94. González Barrio (1978).

95. Langreo y Rodríguez Zúñiga (1992).

96. Sólo el girasol no siguió este esquema, pero fue con posterioridad a la época tratada y para unas zonas muy concretas, a causa de la mencionada sobredimensión del sector (Langreo, 1985).

países que estimuló una mayor inversión multinacional en España⁹⁷. Dichas facilidades institucionales concedieron a las industrias suministradoras de piensos un papel clave en el desarrollo de la ganadería intensiva a gran escala, sobre todo la avícola, trasladando su efecto a la dieta española. Lo que se tradujo también en un mayor grado de dependencia respecto del complejo de la soja que su entorno más próximo (Cuadro 9).

CUADRO 9

CANTIDAD DE SEMILLAS DE SOJA IMPORTADAS EN LA PRODUCCIÓN AVIAR

	Kilos importados de semilla de soja / kilos de pollo producidos			
	1961-1962	1964-1965	1968-1969	1971-1972
Francia	0,21	0,24	0,1	0,69
Italia	0,95	0,82	1,08	1,23
Portugal	0	0	0,2	0,68
España	1,78	0,92	2,65	2,6

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de Faostat.

La mayor dependencia exterior de la ganadería intensiva española no sólo pesó negativamente sobre su balanza comercial, sino que afectó a la oferta de carnes baratas cuando se encarecían los precios internacionales de productos como la soja. Carnes, que estaban satisfaciendo la creciente demanda cárnica de la población española, ante una insuficiente producción de rumiantes, todavía más extensiva y difícil de industrializar. Por ello, la FAO proponía una aportación adicional de piensos producidos en el interior para reducir los costes de la alimentación animal (60 % del total)⁹⁸. La administración franquista, poco propensa a favorecer al cereal pienso hasta ese momento, siguió sustancialmente dicha propuesta, variando radicalmente su política cerealista⁹⁹. Con todo, la fuerte protección deparada al cereal pienso no satisfizo suficientemente las necesidades del modelo de ganadería industrial implantado en España, e incluso acabó perjudicándole¹⁰⁰.

Otra de las recomendaciones de la FAO, el impulso de la producción interior de semillas oleaginosas, encontró un veloz desarrollo en el girasol, que, ya a mediados de los años sesenta contaba con experiencias pioneras interesantes. Aunque las importaciones de haba de soja no dejaron de aumentar, la liberaliza-

97. Langreo, 1990: 15 y 81; Saraza, 1968, p. 75; Segrelles, 1993: 154, 168-169, 283, y 291; Viladomiu, 1985: 160, 162, 165-166 y 168.

98. FAO, 1966: 198-202.

99. García Pascual, 1998: 149-150.

100. Para un seguimiento pormenorizado del proceso de autosuficiencia en la producción de piensos cfr Clar (2005).

ción del comercio interior de semillas oleaginosas, y la subvención del girasol mediante un plan de fomento en 1971, ahondó en una sustitución de soja por girasol, que ya venían practicando las empresas molidoras, cuando crecía el precio de aquella¹⁰¹. Por tanto, la intensa expansión del girasol (de 350 mil toneladas en 1968 a 630 mil en 1975), muy ligada a la producción aviar, y sustancial en el impulso de calorías y grasas en la dieta de los primeros años sesenta, gozó, también, de una decidida promoción institucional.

Al abrir la puerta a la tecnología y materias primas que comportaba el complejo pienso-ganadero transnacional (cuya implantación facilitara mediante cierta inhibición reguladora), la administración franquista se vio forzada a su vez a relajar la protección a importantes productos tradicionales (trigo, aceite de oliva), para fomentar otros (cebada, girasol) directamente relacionados con dicho complejo. No siendo ésta, la única ganadería que recibió apoyo institucional¹⁰², resultan indudables las plenas facilidades que el franquismo otorgó al modelo ganadero fordista, único capaz de solventar con rapidez el fuerte desajuste ocasionado por el enorme incremento de la demanda cárnica en España.

A la altura de 1960 el modelo ganadero basado en razas autóctonas y alimentación animal producida en el interior no bastaba para satisfacer el creciente consumo de proteínas animales que seguía a los progresos en renta y urbanización. Poco contribuía, además, una ganadería interna con escasa incorporación tecnológica y todavía frecuentemente complementaria a las labores agrícolas.¹⁰³ La inadaptación del cerdo ibérico al nuevo escenario ejemplifica la débil capacidad de respuesta de las cabañas autóctonas, al menos mientras el consumo mostrase un bajo grado de segmentación. De hecho, los intentos de promoción de la ganadería extensiva posteriores a 1975, no evidenciaron sino la superioridad de los sistemas intensivos¹⁰⁴, en la fase de consumo todavía existente en España.

La producción de piensos, previa a la llegada de las grandes integradoras, constituía un subproducto residual de empresas harineras, sin entidad para satisfacer las nuevas exigencias ganaderas.¹⁰⁵ En estas condiciones, dejar el gran suministro que precisaban las especies intensivas, parcial o totalmente, en manos de la producción agrícola nacional hubiese encarecido la proteína animal¹⁰⁶, dificultando la contención de salarios que promovía el régimen para el desarrollo de la industria. Además, la propia Comunidad Europea había adoptado también el modelo ganadero importador de soja¹⁰⁷, como parte del mismo paquete tecnológico que comportaba la llegada de una base genética foránea.

101. Tió (1982), p. 210; Segrelles (1993), p. 150.

102. Las políticas de fomento del vacuno (extensivo o semi-intensivo) se sucedieron en esta época.

103. Langreo y Rodríguez Zúñiga (1992), pp. 67-68.

104. Vargas y Aparicio (2001).

105. Langreo y Rodríguez Zúñiga (1992), p. 74.

106. Jordana (1985), p. 84.

107. Jordana (1985), p. 85.

Lo sucedido en el primer tercio de siglo, resalta el papel de los precios en la determinación de un consumo habitual de carne no generalizado, como consecuencia de una oferta ganadera que, salvo excepción (noroeste peninsular), carecía de capacidad para convertir a sus productos en componentes fundamentales de la dieta española. Según esa lógica, en la incipiente sociedad de consumo masivo de los años sesenta, la ineludible extensión de los consumos ganaderos a la mayoría de las capas sociales (que ya evidenciaban otros países), hubiera resultado impracticable sin el apoyo masivo de los sistemas industriales e intensivos transnacionales. Cosa distinta es que las ventajas institucionales que el franquismo concedió a ciertas industrias y productos, les permitió modificar muy intensamente el consumo alimentario español en la dirección que deseaban.

Cabe preguntarse cómo respondieron los sectores más negativamente afectados ante las variaciones experimentadas en el sistema agroalimentario español. En primer lugar, los ganaderos tradicionales, que tanto expresaran su malestar en los años cincuenta¹⁰⁸, no se opusieron, empero, a la invasión de los sistemas intensivos, pues les permitió participar en alguna de sus fases (engorde), mientras las producciones extensivas seguían resultando rentables al quedar constantemente la demanda por encima de la oferta¹⁰⁹. Sólo cuando la escasez forzaba al régimen a importar carne de vacuno (ovino no se importaba), los productores nacionales veían sus buenos precios deteriorarse.

La escasez de piensos aunó a multinacionales y ganaderos en una oposición a la política de protección al trigo, cuya variación tampoco fue mal acogida por los productores trigueros. La sustitución entre trigo y cebada no presentaba muchas dificultades, y el mercado reforzaba la opción del cereal pienso frente al trigo. Condiciones que podían aprovechar mejor, además, los medianos y grandes propietarios, bien posicionados en la dictadura.

Por último, la entrada en el mercado español de aceites baratos (soja primero y girasol después), alivió la presión que soportaba el olivar como único abastecedor interno, pudiendo dirigirse crecientemente a la exportación, a precios superiores no intervenidos. Por ello, los productores olivareros no sólo no se opusieron, sino que apoyaron incluso la promoción gubernamental de otras semillas oleaginosas¹¹⁰.

En definitiva, los grupos de presión agrarios que más podrían haber denunciado las políticas emprendidas, salieron o entendieron que salían beneficiados con ellas, reforzando así la actuación del régimen.

En conclusión, la actuación institucional (política y legislativa) de la administración franquista pesó apreciablemente en la rápida e intensa implantación de unos determinados sectores alimentarios. Al igual que en la mayoría de los paí-

108. García García (1957), p. 21.

109. Viladomiu (1985), p. 165.

110. Viladomiu (1985), p. 161.

ses occidentales, afectados por la llegada del modelo fordista norteamericano, España ofreció ventajas a dichos sectores¹¹¹. Pero esas ventajas quedaron acentuadas además por acuerdos bilaterales específicos, una legislación muy permisiva que ofrecía gran seguridad en el negocio, y un sector industrial agroalimentario apenas desarrollado en el interior.

Consideraciones finales: ¿soberanía del consumidor o soberanía del industrial?

La variación sustancial de la dieta española durante el desarrollismo se ha explicado tradicionalmente como un reflejo de los intensos cambios experimentados por la demanda de alimentos. Sin duda, el fuerte ritmo de crecimiento económico expandió las posibilidades de consumo de los españoles, incrementando su preferencia por alimentos con mayor elasticidad renta y grado de transformación. Así pues, el impulso en la demanda constituyó una condición necesaria para el cambio alimentario. No obstante, la reestructuración en la dieta española como consecuencia directa del progreso en renta y urbanización (fundamentalmente), pierde potencia explicativa cuanto más adentramos en los actores particulares del cambio¹¹².

La destacada expansión del consumo de pollo, cerdo y leche, más el surgimiento de nuevas grasas vegetales nos remite a una elección de productos muy condicionada por la implantación (con plena anuencia administrativa e inclusive de posibles sectores afectados) de un modelo agroalimentario con gran capacidad para introducir sus productos. En un período muy breve, alimentos que apenas contaban en la mesa de los españoles (pollo o aceite de girasol) protagonizaron un nuevo modelo nutricional, fruto de un sistema agroalimentario industrial y muy avanzado tecnológicamente, frente al que no pudo competir el modelo tradicional (que incluiría junto a la trilogía mediterránea, los productos de la ganadería extensiva). Articulados a lo largo una cadena alimentaria en cuyas sucesivas fases (suministro de materias primas, transformación agroindustrial, distribución y comercialización) obtenían ventajas crecientes, los sectores transnacionales del complejo pienso-ganadero hallaron en el mercado español perspectivas de negocio muy favorables.

En resumen, la fuerte penetración en España de un modelo alimentario, cuya superioridad tecnológica se traducía en economías de escala, aumentos de produc-

111. El inicio de la PAC comportó una protección al trigo comunitario a cambio de la apertura del mercado europeo a la soja norteamericana (Berlan, 1991).

112. Para Nicolau y Pujol (2005) la elasticidad renta pierde efectividad como medidor de las pautas de consumo en el largo plazo, si entretanto se producen cambios tecnológicos significativos que modifiquen los precios relativos, así como variaciones sustanciales en las preferencias asociadas a la urbanización. Este, sin duda, parece ser el caso aquí abordado.

tividad y precios más asequibles, aprovechó las nuevas demandas alimentarias de una población más urbana y con ingresos crecientes, para dirigir las nuevas pautas alimenticias (ingestión significativa de proteínas animales) según sus intereses.

La soberanía del consumidor en el caso español ha de relacionarse, así, con la expresión de unas nuevas preferencias a las que su economía debía responder. Pero su satisfacción concreta, e inclusive el grado en que se realizó, vincula más el cambio alimentario español con un desarrollo agroindustrial certificado en un entorno institucional y productivo propicio. Todo lo cual prima las decisiones de los industriales del entramado agroalimentario fordista en la determinación final de lo que se consume. La orientación de los gustos mediante un producto estándar más asequible, y apoyado por la publicidad, logró concentrar en torno a sí la demanda, rebajando aún más sus precios relativos¹¹³. La consecución de economías de escala en la producción en serie de alimentos redujo sus costes, ofertando un producto de calidad que el consumidor español medio sí podía permitirse. En la nueva España urbana, los medios de comunicación reforzaban los factores de imitación y estatus social asociados al consumo de determinados productos, mientras la publicidad inducía el consumo de un tipo de alimentos (nutritivos, que saciaran)¹¹⁴ que se correspondían muy bien con los ofertados por el sistema fordista. Si consideramos, además, que parte de estos productos (cerdo, aves de corral), aunque no de consumo diario, formaban parte integrante de la dieta habitual de los emigrados rurales a las ciudades, hallamos la combinación de factores culturales y costes relativos que, según Piore y Sabel¹¹⁵, determinan las pautas de consumo en la sociedad de la producción seriada. Máxime, si dicha producción industrial encuentra un mercado masivo en expansión, escasa competencia de artículos sustitutivos, sectores agrarios tradicionales y fácilmente manejables, y una actuación institucional tan favorable como la de la España franquista.

Razones todas que convierten la afirmación general de Alonso y Conde respecto del consumidor español, que vio acertadas “su soberanía y posibilidades de elección¹¹⁶”, especialmente aplicable al sector alimentario. La constitución de un oligopolio industrial en subsectores alimentarios muy significados¹¹⁷ condicionó, pues, fuertemente la capacidad de elección de los consumidores españoles durante el desarrollismo. Siguiendo a Galbraith¹¹⁸, tales industrias, más que satisfacer unas necesidades previamente existentes, las originaron, convirtiendo bienes, tradicionalmente de lujo, en consumos habituales. En un agroindustria todavía en desarrollo y un sistema agroalimentario embrionario¹¹⁹, la soberanía en el merca-

113. Piore y Sabel (1990), pp. 273-274.

114. Alonso y Conde (1994), p. 125; Juan i Fenollar (1978), p. 115.

115. Piore y Sabel (1990), p. 273.

116. Alonso Conde (1994), p. 110.

117. Rodríguez y Soria (1985), pp. 19-20.

118. Galbraith (2002).

119. Juan i Fenollar (1978), pp. 37-44.

do alimentario español recayó en grandes empresas transnacionales, a las que el régimen otorgó importantes ventajas para su instalación. Comportamiento, por lo demás, no muy distinto al observado en otros sectores industriales relevantes.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO BENITO, L.E., y CONDE GUTIÉRREZ del ÁLAMO, F. (1994), *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, Editorial Debate.
- ARDURA CALLEJA, M. L. (1973), “La población española: especial referencia a la población activa” en FRAGA et alii: *La España de los 70*, Madrid, Moneda y Crédito, pp. 95-186.
- BANCO MUNDIAL Y F.A.O. (1996), *El desarrollo de la agricultura en España*, Informe del Banco Mundial y la F.A.O., Ministerio de Hacienda, Servicio de Publicaciones, Madrid.
- BARKIN, D. (1981), “El impacto del agribusiness en el desarrollo rural”, *Agricultura y Sociedad*, nº 19, pp. 9-44.
- BERLAN, J. P. (1991), “The Historical Roots of the Present Agricultural Crisis”, en FRIEDLAND, W.H. et alii (eds.) (1991), *Towards a New Political Economy of Agriculture*. Oxford, Westview Press.
- BUENO LASTRA J., y RAMOS BARRADO, A. (1988), *La industria alimentaria en España*, Madrid, Bolsa de Madrid, Servicio de Estudios.
- CALDENTEY ALBERT, P. (1980), “El ciclo del cerdo en España en el período 1959-1977”, *Agricultura y Sociedad*, nº 14, pp. 127-163.
- CAMILLERI LAPEYRE, A. (1968), La demanda de carnes y huevos en España, *Revista de Estudios Agrosociales*, nº 65, pp. 25-34.
- CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORRO (1969), *La demanda de productos agropecuarios*, Ed. Confeder. Española de Cajas de Ahorro, Madrid.
- CRUZ ROCHE, P. (1978), “Penetración de la empresa multinacional en la industria y el comercio alimentarios”, *Agricultura y Sociedad*, nº 9, pp. 97-149.
- DOMÍNGUEZ MARTÍN, R. (2001), “Las transformaciones del sector ganadero en España (1940-1985)”, *Ager*, nº 1, pp. 47-84.
- (2003), “La industria láctea en España, 1830-1985”, en BARCIELA, C., y Di VITTORIO, A. (eds), *Las industrias agroalimentarias en Italia y España durante los siglos XIX y XX*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, pp. 457-498.
- FRIEDMAN, H. (1991), “Changes in the International Division of labor: Agri-food Complexes and export agriculture”, en FRIEDLAND, W.H. et alii (eds.) (1991), *Towards a New Political Economy of Agriculture*. Oxford, Westview Press.
- GALBRAITH, J. K. (2002), “El mito de la soberanía del consumidor”, en WILLIAMS, A. D.(comp.), *Galbraith, obra esencial*, Barcelona, Crítica, pp. 39-46.

- GALLEGO MARTÍNEZ, D. (2001), “Historia de un desarrollo pausado: integración mercantil y transformaciones productivas de la agricultura española (1800-1936), en PUJOL, J., et ali., *El pozo de todos los males*, Barcelona, Crítica, pp. 147-214.
- GARCÍA BARBANCHO, A. (1960), “Análisis de la alimentación española”. *Anales de Economía*, nº 66, vol. XVIII, pp.73-120.
- GARCÍA GARCÍA, T. (JUAN GÓMEZ) (1957), *La evolución de la cuestión agraria bajo el franquismo*, edición revisada por LANGREO, A. y SUMPISI, J.M. (1993), Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- GARCÍA PASCUAL, F. (1998), *La ganadería en Cataluña*, Lérida, Milenio.
- GERMÁN ZUBERO, L. (2002), “Harinas de Aragón. Siglo y medio de especialización trigo-harinero en Aragón, 1845-2000”, *Historia Agraria*, nº 26, pp. 69-104.
- GÓMEZ MENDOZA, A. y SIMPSON, J. (1988), “El consumo de carne en Madrid durante el primer tercio del siglo XX”, *Moneda y Crédito*, septiembre, pp. 57-91.
- GONZÁLEZ DEL BARRIO, J. E. (1978), “La agricultura contractual en España”, *Revista de Estudios Agrosociales*, nº 105, pp. 61-90.
- GOODMAN, D. y REDCLIFT, M. (1991), *Refashioning Nature, Food, Ecology and Culture*. Londres y Nueva York, Routledge.
- GRUPO DE ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL (GEHR) (1978-79), “Contribución al análisis histórico de la ganadería española, 1865-1929”, *Agricultura y Sociedad*, nº 8 y nº 10, pp. 129-182 y pp. 105-169.
- GRIGG, D. (1995), “The Nutritional Transition in Western Europe”. *Journal of Historical Geography*, nº 21, pp. 247-261.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1985), *Población de los actuales términos municipales, 1900-1981*, Madrid, INE
- IRESO (Instituto de Reforma de las Estructuras Comerciales) (1977), *Comercialización de la carne*, Madrid, Colección Estudios IRESO.
- JIMÉNEZ BLANCO, I. (1986), “Introducción”, en GARRABOU, R., BARCIELA, C., y JIMÉNEZ BLANCO, I. (eds.), *Historia agraria de la España contemporánea. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*, Barcelona, Crítica, pp. 72-82.
- JORDANA BUTTICAZ, J. (1985), “La articulación del sistema agroalimentario: Industria agroalimentaria”, en *Lecturas sobre el sistema agroalimentario en España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, pp. 67-88.
- JUAN I FENOLLAR, R. (1978), *La formación de la agroindustria en España, 1960-1970*, Serie Estudios, Ministerio de Agricultura, Secretaria General Técnica, Madrid.
- KLOPPENBURG, J. R. (1988), *First the Seed. The Political Economy of Plant Biotechnology, 1492-2000*. Cambridge, Cambridge U.P.
- LAMARTINE YATES, P. (1960), *Food, Land and Manpower in Western Europe*, Londres, MacMillan, cap. 2, “What the people eat”, pp. 19-50.

- LANGREO NAVARRO, A. (1978), “Análisis de la integración vertical en España”, *Agricultura y Sociedad*, nº 9, pp. 37-41.
- (1985), “La articulación del sistema agroalimentario: agricultura” en *Lecturas sobre el sistema agroalimentario en España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, pp. 37-66.
- (1990), *El ganado porcino y las casas de piensos en la Comunidad Valenciana. Sus fórmulas de coordinación y su desarrollo histórico*, Valencia, Generalitat Valenciana, Conselleria d’Agricultura i Pesca.
- LANGREO NAVARRO, A. y RODRÍGUEZ ZÚÑIGA (1992), “Reestructuración y cambio tecnológico en el complejo cárnico. El sector porcino en España”, *Revista de Estudios Agrosociales*, nº 159, pp. 67-95.
- MALEMBBAUM, W., (1953), *The World Wheat Economic, 1885-1939*, Massachussets.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, A. (2002), El consumo de carne en las ciudades españolas, 1891-1935, *IX Simposio de Historia Económica*, Barcelona.
- MORENO LÁZARO, J. (2001), “La dulce transformación. La fabricación española de galletas en la segunda mitad del siglo XX”, *Revista de Historia Industrial*, pp. 205-247.
- MORENO, L.A., SARRIÁ, A., y POPKIN, B.M. (2002), “The Nutrition Transition in Spain: a European Mediterranean Country”. *European Journal of Clinical Nutrition*, nº 56, pp. 992-1003.
- NICOLAU NOS, R. y PUJOL ANDREU, J. (2005), “El consumo de proteínas animales en Barcelona entre las décadas de 1830 y 1930: evolución y factores condicionantes”, *Investigaciones de Historia Económica*, nº 3, pp. 101-134.
- PADILLA, M., y THIOMBIANO, T. (1992), “Consumo e domanda alimentari”, en MALASSISS, L., y GHERSI, G. (coord.), *Introduzione all’economia agroalimentare*, Bologna, Il Mulino, pp. 17-96.
- PEINADO GRACIA, M. L. (1985), *El consumo y la industria alimentaria en España: evolución, problemática y penetración del capital extranjero a partir de 1960*, Madrid, MAPA.
- (1985 bis), “Tamaño de la industria alimentaria y participación de las multinacionales en el sector”, *Agricultura y Sociedad*, nº 34.
- PINILLA NAVARRO, V. (1995), *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, serie Estudios, nº 96.
- PIORE, M. J. y SABEL, C. F. (1990), *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza Universidad.
- PIQUERO ZARAUZ, S. y LÓPEZ, E. (2005), “El consumo de pescado en España. Siglos XVIII-XX. Una primera aproximación”, *XI Congreso de Historia Agraria*, Aguilar de Campoo (versión en cd-rom).
- PRADOS De La ESCOSURA, L. (2003), *El progreso económico de España (1850-2000)*, Madrid, Fundación BBVA.
- PUJOL, J. (2003), “Sobre los orígenes de la industrialización en el sector alimentario: Cataluña, 1800-1935”, en BARCIELA, C., y Di VITTORIO, A. (eds), *Las industrias agroalimentarias*

- en Italia y España durante los siglos XIX y XX*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, pp. 245-278.
- RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, M. y SORIA GUTIÉRREZ R. (1985), “Transformación del sistema agroalimentario en los países desarrollados”, en *Lecturas sobre el sistema agroalimentario en España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, pp. 13-36.
- SEGRELLES SERRANO, J. A. (1993), *La ganadería avícola y porcina en España. Del aprovechamiento tradicional al industrializado*, Alicante, Universidad de Alicante.
- SIMPSON, J. (1997), *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*, Madrid, Alianza.
- SORIA GUTIÉRREZ, R., RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, M., y RUIZ HUERTA, J. (1978), “El consumo de carnes en España. Un análisis por series cronológicas”, *Revista de Estudios Agrosociales*, nº 97, pp.
- (1980), “El desarrollo ganadero español: un modelo dependiente y desequilibrado”, *Agricultura y Sociedad*, nº 14, pp. 165-194.
- SORIA GUTIÉRREZ, R., y RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, M. (1983), “El sector ganadero”, *Papeles de Economía Española*, nº 16, pp. 127-137.
- TEMINE, E., BRODER, A., y CHASTAGNARET, G. (1982), *Historia de la España contemporánea*, Barcelona, Ariel
- TIÓ, C. (1982), *La política de aceites comestibles en la España del siglo XX*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, serie Estudios.
- TITOS MORENO, A. (1978), “Márgenes de industrialización y distribución de productos agroalimentarios”, *Agricultura y Sociedad*, nº 9, pp. 207-232.
- VALDALISO, J. M. y LÓPEZ, S. (2000), *Historia económica de la empresa*, Barcelona, Crítica.
- VARGAS GIRALDO, J. y APARICIO TOVAR, M.A. (2001), “Análisis de la evolución de los censos y sistemas de producción del cerdo ibérico”, *Revista de Estudios Agrosociales*, nº 133, pp. 87-118.
- VILADOMIU i CANELA, L. (1985), “La inserción de España en el complejo soja mundial”, *Agricultura y Sociedad*, nº 34, pp. 151-177.
- ZAMBRANA PINEDA, J. F. (2000), “De grasa industrial a producto de mantel. Transformaciones y cambios en el sector oleícola español: 1830-1986”, *Revista de Historia Industrial*, nº 18, pp. 13-38.

■

The industrial sovereignty. Feed-livestock complex industries and the implantation of the Fordist consumer model in Spain: 1960-1975

ABSTRACT

The generalization of the mass consumer society in Spain after 1960 brought significant nutritional changes, specially a strong increase in the number of animal proteins. The change in Spanish nourishing consumption followed, more or less, the pattern of other developed countries, but some consumptions carried out a particular intense growth. This work studies the existing relationship between the most successful food in Spain between 1960 and 1975, chicken, pig, milk and sunflower oil, and the implantation of the feed-livestock industrial complex, heavily dependent on foreign capital and technology, while on the other hand analyses its capacity to impose its preferences to the Spanish consumer. In the end, the absence of competitive industries in the food sector; next to an agriculture and husbandry still quite traditional, allowed those industries from the complex to monopolize the Spanish market with its products, a process in which the institutional permissiveness had much to do with.

KEY WORDS: Livestock, Franco's Regime, Agrobusiness, Fordism.

■

La soberanía industrial. Industrias del complejo pienso-ganadero e implantación del modelo de consumo fordista en España: 1960-1975

RESUMEN

La generalización de la sociedad de consumo masivo en la España posterior a 1960 supuso en el campo de la alimentación una serie de cambios significativos, entre los cuales destacó un fuerte aumento del número de proteínas animales ingeridas. El cambio en los patrones de consumo alimentario español siguió a grandes rasgos las características de otros países desarrollados, pero algunos consumos protagonizaron un crecimiento particularmente intenso. Este artículo estudia la relación existente entre los alimentos más exitosos en España entre 1960 y 1975, pollo, cerdo, leche y aceite de girasol, con la implantación de un complejo industrial pienso-ganadero muy dependiente del exterior; tanto en capital como en tecnología, analizando la capacidad del mismo para imponer sus preferencias al consumidor español. En definitiva, la ausencia de sectores industriales competitivos en el sector alimentario, en un entorno agrícola y ganadero todavía muy tradicional, permitió a las industrias de dicho complejo acaparar el mercado español con sus productos, proceso al que no fue ajena una actuación institucional muy permisiva.

PALABRAS CLAVE: Ganadería, Franquismo, Agroindustria, Fordismo.

■